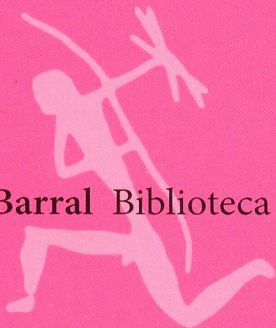


Seix Barral Biblioteca Breve



Pedro Lemebel

Serenata cafiola





Seix Barral Biblioteca Breve

Pedro Lemebel

Serenata cafiola

RINCONCITO DE PATRIA

Tonada pascuera

Sudado, corriendo, a tropezones en la jauría neurótica del centro que hierve en su piñata navideña. Nada más porque llama el editor acezando, exigiendo, urgiendo que debo entregar antes esta crónica por las fiestas, por la pascua, todos queremos irnos antes a la casa. Tú me entiendes. Y qué mierda me importa la pascua a mí, pienso, esquivando a la gente que pasa por mi lado con regalos y pinos y juguetes y una risita de buenaventuranza en sus rostros de fiesta. Qué manera de gastar estos chilenos neoliberales, puteo, saludando a la rápida a algún lector que me reconoce en el vibrante paseo peatonal. Y, en realidad, parezco al viejo gruñón Scrooge del cuento *Canción de Navidad*, pero sin mamá no existe esta fiesta para mí, porque era ella la que se volvía loca cuando la ciudad en diciembre tornasolaba sus brillos dorados al campanilleo de trineos y pascueros transpirando la gota gorda bajo el rojo traje polar.

Era ella la que cada año volvía a ser niña armando el arbolito, inventando coronas plateadas para decorar la humilde rancho. Y era su alegría la que involucraba a la familia pensando en la cena de medianoche con el típico pollo con ensalada de apio del medio pelo nacional. Era ella, sin duda, la que me hacía creer en el

Viejito Pascuero hasta los doce o trece años. Y yo fingía ese dulce engaño sabiendo que en el ropero se escondían los juguetes.

Y también fue ella quien de un guaracazo me cortó la ilusión una víspera de Nochebuena cuando la acompañé al centro a comprar los ingredientes del menú pascual. Y mientras ella pagaba la canela, la vainilla y el clavo de olor, me preguntó casi a la rápida: ¿Qué quieres de regalo este año? Yo entendí sin inmutarme, y sin esperar respuesta, ella me llevó volando a una librería y juguetería mostrándome un bello payaso en bicicleta que funcionaba a cuerda. Mira qué lindo, me dijo con sus ojos brillantes. ¿Quieres que te lo compre? Era a ella a quien le gustaba el juguete, lo vi en su carita iluminada por la magia del muñeco. No quiero juguetes, dije con gravedad, prefiero ese libro, y apunté hacia un gran tomo de láminas sobre la historia del cine. Y ahí comenzó mi carrera literaria, ese fue mi primer libro que marcó el fin de la niñez. Esa noche se murió Santa Claus y supe que la vida me esperaba con la música desafinada de su circo triste.

Mi mami también se fue una noche de lobos, y con ella se apagaron las navidades. Cuando empiezan los arreboles pascueros me enfermo de melancolía y odio a muerte ese carnaval de luces chillonas. Era ella mi Navidad, era su vocecita de niña pidiéndome que le trajera desde Guadalajara un pesebre artesanal con ojos de vidrio de los que hacen allá. Y recorrí los mercados y ferias de la ciudad mexicana buscando el nacimiento.

Mira, mami, el burro tiene pestañas, le mostré al regresar del viaje. Y ella reía mirando al animal de ojos rizados.

Con ella se apagó la última bujía de mi arbolito pobre, y aunque los amigos me dicen: Pero cómo vas a pasar esta noche solo, les contesto que no importa, que es una noche más, y que antes de las once tomaré la pastilla para dormir y cerraré los ojos, como cuando era niño, esperando escuchar que un Santa Claus fucsia abra la ventana. Y antes de caer en el acantilado del sueño puedo oír las risas de mis vecinos brindando hermanados por la llegada del Mesías. Un segundo antes de cerrar mis pestañas de burro aún puedo sentir de lejos la coral angélica proclamando que son las doce y que en el cielo brilla un ajeno resplandor.

Una vez un rui señor

Fue hace algunos años, cuando trabajaba en Radio Tierra, donde hacía el programa *Cancionero* y echaba a volar crónicas, músicas y flamencos para acompañar mi voz coliflauta. Entonces, alguna pobladora, un taxista y el quiosquero esperaban el sonar de la canción *Invítame a pecar*, en la voz de Paquita La del Barrio, sintonizando los hilos melódicos de la audición. En la emisora tenía una pequeña oficina donde revisaba las músicas usadas en el programa. Una de esas mañanas en que amanecía, contenta y amaripolada rosa, escuchaba a Joselito, el niño cantor español de los años sesenta. «Una vez un rui señor, en las claras de la aurora», trinaba el crío con su voz de cristal, tan idolatrada por las madres de entonces que soñaban a sus hijos triunfando con ese lírico diapasón. Muchos niños queríamos ser Joselito. Nuestro futuro debía ser igual al de ese niño que veíamos en el cine haciendo de la humildad conservadora una encantada virtud. Por Dios que sufría Joselito con la madre enferma, la madre preñada, la madre inválida, la madre coja, la madre hambrienta con siete hijos, sus hermanitos moquillentos que el chicuelo mantenía cantando en la calle, en bares, donde fuera, con tal de conseguir unos pesos para matar el hambre

del familión. Quizá por eso imitábamos la voz flautina de ese chico bien peinado, sencillo a pura humillación y esfuerzo.

«Una vez un ruiseñor quedó preso de una flor lejos de su ruiseñora», alarameaba el españolito pronunciando cada zeta como un pequeño viejo coño. La matiné iba a empezar, y a la entrada del cine revoloteaban los niños y sus madres peloteándose las últimas entradas. Bajaba la luz, las señoras se hundían en los asientos, y el rechinar de la cortina descorría un velo mágico sobre un valle de colinas. Y en esfumado guitarreo con violines, Joselito aparecía gorgoreando su trino agudo. «Esperando su vuelta en el nido ella vio que la tarde moría». Entonces, nadie respiraba en la matiné pulguienta de ese éxtasis colectivo. El sueño piojo de la plebe nos imantaba en las butacas escuchando esa voz de ángel. Era Joselito cantando: «Dónde estará mi vida, por qué no viene, qué rositas encendidas me la entretienen». Todos queríamos ser Joselito en ese Santiago tristón que dormía siesta con la radio prendida. Todos los pitufos queríamos ser las estrellas precoces en la pantalla amarillenta del cine de barrio.

Pero el tiempo pasó y la borrasca de los años fue borrando esa memoria de cascabeles y rosas. Allá en Madrid la pubertad inevitable del niño trino le enmoheció la voz, le salieron pelos en el pubis y la sombra capilar del bigote enronqueció la dulce risa cantora. Joselito se hacía hombre, y ese hombre le arrebató su angelico plañir. Joselito se hacía adulto, pero seguía con un metro cincuenta de estatura. Sus blandos cojon-

bitos se templaron con la inquietud del sexo urgente, y apenas había logrado crecer unos centímetros. Las disqueras le exigían la misma voz, el mismo timbre de cristal, y él contestaba con ronquera: No puedo. Ya no me sale.

La avalancha de un sueño glorioso se precipitó al ritmo de los cambios en la discorola mundial. Llegó la ola rockera y los trovadores de la rebelión empuñaron sus guitarras. Entonces, Joselito se desbarrancó en el olvido. Fueron inútiles los intentos por reponer esa euforia de canto tradicional. Y Joselito, con su metro cincuenta y una treintena de años, vio la transformación del mundo sumido en las drogas. Cayó a la cárcel en Valencia por tratar de venderle medio kilo de cocaína a un policía. Cumplió la condena y lo asume con romanticismo en una entrevista: «Fue la mejor época de mi vida». Aun así, el desprestigio lo asfixió en el alcohol que tomaba y tomaba y seguía tomando, ya como un anónimo borrachín en las mismas tabernas donde cantaba de niño filmando películas; pero ahora en la sombra, sin cámaras ni reflectores. «Dónde estará mi vida, por qué no viene», se escucha a sí mismo en el wurlitzer de la tambaleante madrugada.

Joselito se perdió, y con él se fue la infancia. Vinieron otros cantantes, otras músicas rebeldes y otros zamarreos de la eléctrica juventud. Y en el Chile setentero, los aires flameantes de la revolución apagaron para siempre esa alondra infantil. Y fue sólo hace algunos años, trabajando en Radio Tierra, que encontré un descolorido casete de Joselito y lo puse para expe-

rimentar otra vez aquella emoción. «Aguas claras que caminan entre juncos y mimbrales». Eso escuchaba cuando entra a mi enana oficina un señor español que hacía un programa de cine en la emisora, y me increpa ofuscado: Pero cómo puedes oír esa mierda reaccionaria. Este chiquillo era la música insoportable del franquismo. Bueno, entonces yo era muy chico y no lo sabía, le contesté, bajando el volumen.

Cada proceso histórico lleva su telón de fondo musical; en Chile lo sabemos, y tenemos claro quiénes fueron las voces de la dictadura. Pero Joselito apenas era un chiquillo cuando fue usado por el franquismo. Y eso no lo sabíamos los miles de niños que anhelábamos ser un ruiseñor cantando con el pecho abierto «dile que tienen espinas las rosas de los rosales».